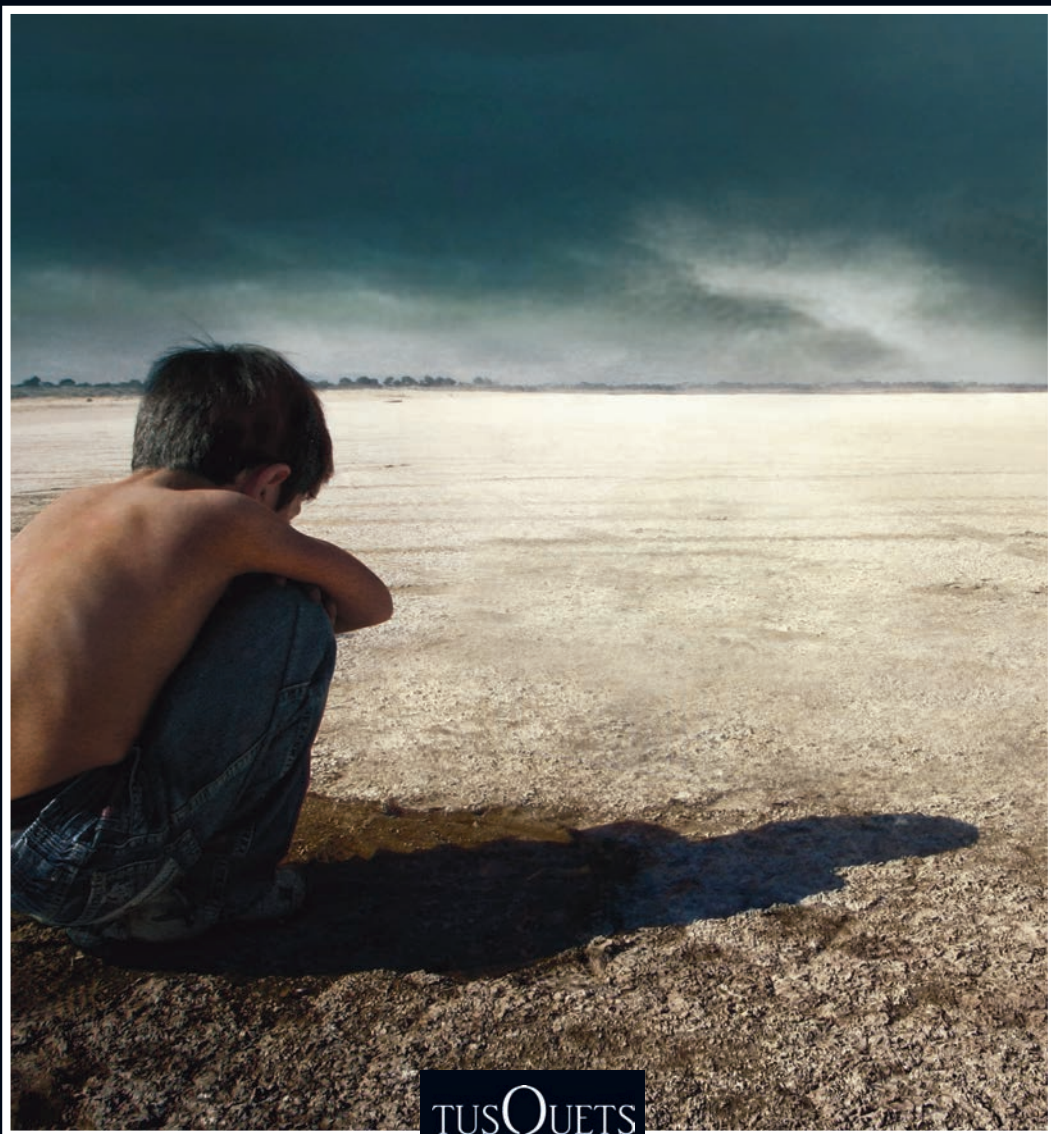


John Irving
AVENIDA
DE LOS MISTERIOS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

JOHN IRVING
AVENIDA DE LOS MISTERIOS

Traducción de Carlos Milla Soler

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Avenue of Mysteries*

1.^a edición: abril de 2016

© 2015 by Garp Enterprises, Ltd.

© de la traducción: Carlos Milla Soler, 2016
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-249-6
Depósito legal: B. 2.994-2016
Fotocomposición: Moelmo
Impresión: Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

1. Niños Perdidos	13
2. El Monstruo María	33
3. Madre e hija	51
4. El retrovisor lateral roto	61
5. No doblegarse ante ningún viento	75
6. Sexo y fe	89
7. Dos vírgenes	105
8. Dos condones	121
9. Por si te lo preguntas...	141
10. Sin punto medio	159
11. Hemorragia espontánea	171
12. Calle Zaragoza	187
13. Ahora y siempre	205
14. 'Nada'	229
15. La nariz	251
16. El rey de los animales	275
17. Nochevieja en el Encantador	305
18. La lujuria tiene sus métodos	329
19. El Chico Maravilla	345
20. Casa Vargas	369
21. El señor va a nadar	397
22. <i>Mañana</i>	423
23. Ni animal ni vegetal ni mineral	445
24. Pobre Leslie	461
25. Acto 5, escena 3	475
26. El esparcimiento	499

27. Nariz por nariz	523
28. Aquellos ojos amarillos que se acercaban	547
29. Un solo viaje	565
30. El espolvoreo	579
31. Adrenalina	597
32. No es bahía de Manila	617

De vez en cuando, Juan Diego recalcaba: «Soy mexicano; nací en México, me crié allí». Desde hacía algún tiempo tenía por costumbre decir: «Soy estadounidense; he vivido cuarenta años en Estados Unidos». O, intentando quitar hierro a la cuestión de la nacionalidad, Juan Diego se complacía en decir: «Soy del Medio Oeste; de hecho, soy de Iowa».

Nunca decía que era mexicano-estadounidense. No era sólo porque la etiqueta le desagradase, aunque la veía como tal y realmente le desagradaba. Lo que Juan Diego creía era que la gente siempre andaba buscando elementos comunes en la experiencia mexicano-estadounidense, y él no encontraba que hubiese una base común entre su propia experiencia y la de los demás; para ser más sinceros, no la buscaba.

Lo que Juan Diego decía era que él tenía dos vidas, dos vidas desligadas y claramente diferenciadas. La experiencia mexicana —su niñez e incipiente adolescencia— era su primera vida. Al abandonar México —nunca había vuelto— inició una segunda vida: la experiencia en Estados Unidos o en el Medio Oeste. (¿O acaso estaba diciendo también que, en términos relativos, lo que su segunda vida le había deparado no era gran cosa?)

Lo que Juan Diego siempre sostenía era que, en su cabeza —en su memoria, desde luego, pero también en sus sueños—, vivía y revivía sus dos vidas en «camino paralelos».

Una querida amiga de Juan Diego —también era su médico— se tomaba a risa eso de los supuestos caminos paralelos. Le aseguraba que era, en todo momento, un niño de México

o un adulto de Iowa. Aunque a Juan Diego le gustaba la controversia, en eso daba la razón a su amiga.

Antes de que los betabloqueantes empezaran a alterarle los sueños, Juan Diego le contó a su amiga médico que solía despertarse a causa de la «más leve» de sus recurrentes pesadillas. La pesadilla que tenía en mente era, en realidad, un recuerdo de la formativa mañana en que se quedó cojo. A decir verdad, sólo el principio de la pesadilla o recuerdo era «leve», y el origen de ese episodio sucedió en Oaxaca, México —en la barriada cercana al vertedero de la ciudad, en 1970—, cuando Juan Diego tenía catorce años.

En Oaxaca, él era lo que llamaban un ‘niño de la basura’;* vivía en una chabola de Guerrero, el suburbio ocupado por las familias que trabajaban en el ‘basurero’. En 1970 sólo vivían en Guerrero diez familias. Por aquel entonces, la ciudad de Oaxaca tenía unos cien mil habitantes; muchos de ellos no sabían que quienes llevaban a cabo las labores de criba y clasificación en el ‘basurero’ eran principalmente los niños de la basura. La tarea de esos chiquillos consistía en separar el cristal, el aluminio y el cobre.

Quienes sabían a qué se dedicaban los niños de la basura los llamaban ‘pepenadores’: «rebuscadores». Eso era Juan Diego a los catorce años: un niño de la basura, un rebuscador. Pero también era un lector; corrió la voz de que un ‘niño de la basura’ había aprendido a leer por su cuenta. Los niños de la basura no eran, por regla general, grandes lectores, y los jóvenes lectores de cualquier origen o extracción casi nunca son autodidactas. Por eso corrió la voz, y así fue como los jesuitas, que concedían gran importancia a la educación, oyeron hablar de ese muchacho de Guerrero. Los dos viejos sacerdotes jesuitas

* En español en el original. En adelante usaremos las comillas simples para indicar las numerosas palabras y frases en español que salpican el texto original en inglés a lo largo de todo el libro. (*N. del T.*)

del Templo de la Compañía de Jesús se referían a Juan Diego como el «lector del basurero».

«Alguien debería llevarle un buen libro o dos al lector del basurero... ¡A saber qué lecturas se encuentra ese muchacho en el 'basurero'!», decían el padre Alfonso o el padre Octavio. Cada vez que uno de esos dos viejos sacerdotes decía «alguien debería» hacer tal o cual cosa, siempre era el hermano Pepe quien lo llevaba a cabo. Y Pepe era un gran lector.

Para empezar, el hermano Pepe tenía coche y, como él era natural de Ciudad de México, circular por Oaxaca le resultaba fácil en comparación. Pepe daba clases en el colegio de los jesuitas, una reputada escuela desde hacía mucho tiempo (todo el mundo sabía que la gestión académica era uno de los puntos fuertes de la Compañía de Jesús). El orfanato jesuita, en cambio, era relativamente nuevo (hacía menos de diez años que habían reformado el antiguo convento para transformarlo en orfanato), y no todos veían con buenos ojos el nombre que se le había dado; para algunos, Hogar de los Niños Perdidos era un nombre largo y sonaba un poco severo.

Pero el hermano Pepe había puesto todo su corazón tanto en el colegio como en el orfanato; con el paso del tiempo, la mayoría de aquellas almas sensibles a quienes «Hogar de los Niños Perdidos» no les «sonaba» bien reconocerían sin reservas que los jesuitas regentaban también un orfanato más que aceptable. Además, todo el mundo había abreviado ya el nombre del establecimiento: la gente lo llamaba «Niños Perdidos». Una de las monjas que cuidaban de los niños no se andaba con tantas contemplaciones al respecto; en honor a la verdad, hay que admitir que la hermana Gloria debía de estar refiriéndose a un par de niños díscolos, no a todos los huérfanos, cuando alguna que otra vez decía entre dientes 'los perdidos'; seguramente «los perdidos» era un apelativo que la vieja monja dirigía sólo a unos cuantos de los niños más exasperantes.

Por suerte, no era la hermana Gloria quien llevaba los libros al 'basurero' para el joven lector del vertedero; si Gloria hubiese elegido los libros y hubiese sido quien se los entregaba, la

historia de Juan Diego quizás hubiera terminado antes de empezar. Pero el hermano Pepe tenía la lectura en un pedestal; era jesuita porque los jesuitas lo habían convertido en lector y le habían dado a conocer a Jesús, no necesariamente en ese orden. Era mejor no preguntar a Pepe qué lo había salvado, si la lectura o Jesús, o qué lo había salvado más.

A sus cuarenta y cinco años era obeso; una «figura de aspecto querúbico, aunque no un ser celestial», así era como el propio hermano Pepe se describía.

Pepe era la bondad personificada. Encarnaba el conocido mantra de santa Teresa de Ávila: «De devociones absurdas y santos amargados, líbranos, Señor». Asignaba un lugar preferente entre sus oraciones diarias a esa sagrada máxima de la santa. No es de extrañar que los niños lo adoraran.

Pero el hermano Pepe nunca había estado en el ‘basurero’ de Oaxaca. Por aquel entonces quemaban en el vertedero cuanto podían; había hogueras por doquier. (Los libros eran yesca útil.) Cuando Pepe se apeó de su Volkswagen escarabajo, el olor del ‘basurero’ y el calor de las hogueras coincidieron con la imagen que se había formado del Infierno; sólo que esa imagen no incluía niños trabajando.

En el asiento trasero del pequeño Volkswagen llevaba unos cuantos libros muy buenos; los buenos libros eran la mejor protección contra el mal que Pepe había tenido en sus manos: no era posible tener en las manos la fe en Jesús, no de la misma manera que se podía tener un buen libro.

—Busco al lector —dijo Pepe a los trabajadores del vertedero, tanto a los adultos como a los niños. Los ‘pepenadores’, los rebuscadores, dirigieron a Pepe una mirada rebotante de desprecio. Saltaba a la vista que no atribuían valor a la lectura. Habló primero uno de los adultos, una mujer, quizá de la edad de Pepe o un poco más joven, probablemente madre de uno o más rebuscadores. Indicó a Pepe que encontraría a Juan Diego en Guerrero, en la chabola del ‘jefe’.

El hermano Pepe se quedó desconcertado; quizás había entendido mal a esa mujer. El ‘jefe’ era el responsable del verte-

dero; estaba al frente del 'basurero'. ¿Acaso era el lector hijo del 'jefe'?, le preguntó Pepe a la trabajadora.

Varios niños de la basura se echaron a reír; al cabo de un momento volvieron la cabeza. Los adultos no le veían la gracia y la mujer se limitó a decir: «No exactamente». Señaló en dirección a Guerrero, que se hallaba enclavado en una ladera por debajo del 'basurero'. Las chabolas del suburbio se componían de materiales que los trabajadores habían recogido en el vertedero, y la del 'jefe' era la que se hallaba en la periferia del suburbio, en el límite más cercano al vertedero.

Columnas negras de humo se elevaban desde el 'basurero', pilares de negrura que llegaban hasta el cielo. Los buitres lo sobrevolaban en círculo, pero Pepe vio carroñeros tanto arriba como abajo; en el 'basurero' había perros por todas partes, circundando los fuegos eternos y cediendo terreno de mala gana ante los hombres que llegaban en furgoneta, pero ante casi nadie más. Causaba desazón ver a los niños en compañía de los perros, porque unos y otros rebuscaban en la basura..., aunque no en pos de las mismas cosas. (Los perros no estaban interesados en el cristal ni en el aluminio ni en el cobre.) Los perros de vertedero eran, en su mayor parte, vagabundos, claro, y algunos estaban a las puertas de la muerte.

Pepe no se quedaría en el 'basurero' el tiempo suficiente para descubrir la presencia de los perros muertos, ni para ver qué era de ellos: los quemaban, pero no siempre antes de que los localizaran los buitres.

Pepe se topó con más perros cuesta abajo, en Guerrero. A esos otros perros los habían adoptado las familias que trabajaban en el 'basurero' y vivían en el suburbio. Pepe tuvo la impresión de que los perros de Guerrero estaban mejor alimentados que los del vertedero, y de que tenían un comportamiento más territorial. Se parecían más a los perros de cualquier barrio; eran más nerviosos y agresivos que los perros del vertedero, proclives éstos a escabullirse de una manera vil o furtiva, si bien los perros del vertedero tenían su propia forma, más artera, de defender el territorio.

No convenía que te mordiera un perro en el ‘basurero’, o en Guerrero, a ese respecto Pepe apenas albergaba la menor duda. Al fin y al cabo, la mayoría de los perros de Guerrero procedían del vertedero.

El hermano Pepe llevaba a los chicos enfermos de Niños Perdidos a la consulta del doctor Vargas, en el hospital de la Cruz Roja, sito en la calle de Armenta y López; Vargas atendía prioritariamente a los niños del orfanato y a los niños de la basura. El doctor Vargas le había dicho a Pepe que los mayores peligros a los que se exponían los niños que rebuscaban en el ‘basurero’ eran los perros y las agujas; al vertedero llegaban numerosas jeringuillas desechadas con las agujas usadas. Un ‘niño de la basura’ podía pincharse fácilmente con una aguja vieja.

—La hepatitis B o C, el tétanos, además de cualquier forma de infección bacteriana imaginable —le explicó el doctor Vargas a Pepe.

—Y un perro del ‘basurero’, o cualquier perro de Guerrero, podría tener la rabia —había observado el hermano Pepe.

—A los niños de la basura, si los muerde uno de esos perros, sólo hay que vacunarlos contra la rabia, basta con eso —explicó Vargas—. Pero los niños de la basura les tienen un miedo exagerado a las agujas. Tienen miedo a las agujas viejas, y hacen bien en tenérselo, ipero por eso mismo les dan miedo las inyecciones! Si los muerden los perros, esos niños de la basura les tienen más miedo a las inyecciones que a la rabia, y eso no conviene. —Vargas era buena persona, en opinión de Pepe, pese a ser un hombre de ciencia, no un creyente. (Pepe sabía que, desde el punto de vista espiritual, Vargas podía ponerlo a uno a prueba.)

Pepe estaba pensando en el riesgo de contraer la rabia cuando se apeó de su Volkswagen escarabajo en Guerrero y se acercó a la chabola del ‘jefe’; sostenía firmemente entre sus brazos los buenos libros que llevaba para el lector del basurero y recelaba de todos aquellos perros ladrones y en apariencia hostiles.

—¡‘Hola’! —saludó a voz en cuello el orondo jesuita ante la puerta mosquitera de la chabola—. Traigo unos libros para Juan Diego, el lector... ¡Buenos libros!

Dio un paso atrás al oír un feroz gruñido en el interior de la chabola del ‘jefe’.

La trabajadora del ‘basurero’ le había dicho algo sobre el responsable del vertedero: el ‘jefe’ en persona. Lo había llamado por su apellido. «Reconocerá a Rivera sin mayor problema», había dicho la mujer a Pepe. «Su perro es el que da más miedo.»

Pero a través de la mosquitera de la chabola el hermano Pepe no veía al perro que le gruñía tan ferozmente. Dio un segundo paso atrás apartándose de la puerta, que de pronto se abrió y dejó a la vista no a Rivera ni a nadie mínimamente parecido a un jefe de vertedero; la persona pequeña pero ceñuda encuadrada en el umbral de la puerta de la chabola del ‘jefe’ tampoco era Juan Diego, sino una niña de ojos oscuros y aspecto montaraz: la hermana menor del lector del basurero, Lupe, que tenía trece años. El lenguaje de Lupe era incomprendible, lo que salía de su boca ni siquiera parecía español. Sólo Juan Diego la entendía; él era el traductor de su hermana, su intérprete. Y esa habla extraña de Lupe no era su rasgo más misterioso; la niña, además, leía la mente. Lupe sabía qué pensaba una persona; en ocasiones, incluso sabía otras cosas acerca de esa persona.

—¡Es un hombre con un montón de libros! —anunció Lupe a gritos hacia el interior de la chabola, y desencadenó una andanada de discordantes ladridos en aquel perro ingrato al oído pero oculto a la vista—. Es un jesuita, y profesor, uno de esos santurriones de Niños Perdidos. —Lupe guardó silencio por un momento para leerle el pensamiento al hermano Pepe, que se hallaba en un estado de ligera confusión; Pepe no había entendido una sola palabra de lo que había dicho la niña—. Piensa que soy retrasada. Le preocupa que el orfanato no me acepte: ¡los jesuitas darían por supuesto que soy ineducable! —explicó Lupe a Juan Diego.

—¡No es retrasada! —exclamó el muchacho desde algún lugar en el interior de la chabola—. ¡Lo entiende todo!

—Supongo que es a tu hermano a quien busco, ¿no? —preguntó el jesuita a la niña. Pepe le sonrió y ella asintió; Lupe vio que Pepe sudaba en su hercúleo esfuerzo por sostener todos aquellos libros.

—Este jesuita es simpático, sólo que le sobran unos kilos —explicó la niña a Juan Diego.

Volvió a entrar en la chabola y mantuvo la mosquitera abierta para franquear el paso al hermano Pepe, que entró con cautela; buscó por todas partes al perro gruñidor pero invisible.

El muchacho, el lector del basurero en persona, apenas era algo más visible. Las estanterías en torno a él se veían mejor acabadas que las de otros sitios, como también la propia chabola; obra del 'jefe', supuso Pepe. El joven lector tenía poca pinta de carpintero. Juan Diego era un muchacho de apariencia soñadora, como tantos lectores adolescentes pero serios; el muchacho, además, era pintiparado a su hermana, y los dos le recordaban a alguien. A la sazón el jesuita, sudoroso, no logró identificar a ese «alguien».

—Los dos nos parecemos a nuestra madre —informó Lupe, puesto que conocía los pensamientos del visitante.

Juan Diego, que yacía en un sofá desvencijado con un libro abierto sobre el pecho, esta vez no tradujo a Lupe; el joven lector decidió dejar al docente jesuita en la ignorancia acerca de lo que había dicho su clarividente hermana.

—¿Qué lees? —preguntó Pepe al muchacho.

—Historia local..., historia de la Iglesia, podríamos llamarlo —respondió Juan Diego.

—Es un libro aburrido —comentó Lupe.

—Lupe dice que es aburrido... y supongo que sí es un poco aburrido —coincidió el muchacho.

—¿Lupe también lee? —preguntó el hermano Pepe.

Junto al sofá había un tablero de contrachapado en perfecto equilibrio sobre dos cajas de naranjas: una mesa improvisa-

da, pero más que aceptable. Pepe dejó allí su pesado cargamento de libros.

—Le leo yo, todo —dijo Juan Diego al docente. El muchacho sostuvo en alto el libro que estaba leyendo—. Aquí cuentan que ustedes llegaron los terceros, ustedes los jesuitas —explicó Juan Diego—. Los agustinos y los dominicos vinieron a Oaxaca antes que los jesuitas; ustedes llegaron a la ciudad los terceros. Quizá por eso los jesuitas no pintan gran cosa en Oaxaca —prosiguió el muchacho. (Todo eso le resultó curiosamente familiar al hermano Pepe.)

—Y la Virgen María eclipsa a Nuestra Señora de Guadalupe... María y Nuestra Señora de la Soledad no son justas con Guadalupe —empezó a farfullar Lupe, ininteligiblemente—. La Virgen de la Soledad es toda una heroína local en Oaxaca: ¡la Virgen de la Soledad y el absurdo cuento del ‘burro’! Nuestra Señora de la Soledad también es injusta con Guadalupe. ¡Yo soy una niña de Guadalupe! —dijo Lupe y se señaló. Aquello parecía enrabiarla.

El hermano Pepe miró a Juan Diego, que parecía harto de las guerras de vírgenes, pero el muchacho lo tradujo todo.

—¡Yo conozco ese libro! —exclamó Pepe.

—¡Vaya, no me extraña! ¡Es uno de los suyos! —dijo Juan Diego; entregó a Pepe el libro que estaba leyendo.

El viejo libro despedía un fuerte olor a ‘basurero’, y algunas hojas parecían chamuscadas. Era uno de esos mamotretos académicos, textos eruditos católicos que casi nadie leía. El libro procedía de la biblioteca de los propios jesuitas en el antiguo convento, ahora el Hogar de los Niños Perdidos. Muchos de los libros viejos e ilegibles habían sido enviados al vertedero cuando se reformó el convento a fin de acomodar a los huérfanos y dejar libre el espacio de las estanterías para el colegio jesuita.

Sin duda, el padre Alfonso o el padre Octavio habían decidido qué libros debían destinarse al ‘basurero’ y cuáles valía la pena guardar. Tal vez eso de que los jesuitas llegaron a Oaxaca en tercer lugar no había complacido a los dos viejos sacerdotes; además, el libro probablemente era obra de un agustino o un

dominico —no de un jesuita—, lo cual, por sí solo, podría haberlo condenado a los fuegos eternos del ‘basurero’. (Los jesuitas concedían en efecto gran importancia a la educación, pero nadie había dicho jamás que no fueran competitivos.)

—Te he traído unos cuantos libros que son más amenos —anunció Pepe a Juan Diego—. Unas cuantas novelas, buena narrativa..., ya sabes, literatura —añadió el docente con tono alentador.

—No sé qué opinión me merece la «literatura» —dijo Lupe, recelosa, a sus trece años—. No toda la narrativa es tan buena como la pintan.

—No empieces con eso —le advirtió Juan Diego—. Sencillamente aún no eras lo bastante madura para el cuento del perro.

—¿Qué cuento del perro? —quiso saber el hermano Pepe.

—No pregunte —atajó el muchacho, pero ya era demasiado tarde; Lupe buscaba algo a tientas, trasteaba entre los libros de los estantes. Había libros por todas partes, salvados de la quema.

—El de ese ruso —decía la niña de apariencia tan vehemente.

—¿Ha dicho «ruso»? No leerás en ruso, ¿verdad? —preguntó Pepe a Juan Diego.

—No, no; se refiere al autor. El autor es ruso —explicó el muchacho.

—¿Cómo es que la entiendes? —preguntó Pepe—. A veces ni siquiera sé muy bien si eso que habla es español...

—¡Claro que es español! —exclamó la niña; había encontrado el libro causante de sus dudas sobre la narrativa, sobre la literatura. Se lo entregó al hermano Pepe.

—El lenguaje de Lupe sólo es un poco distinto —decía Juan Diego—. Yo sí lo entiendo.

—Ah, ese ruso —dijo Pepe. El libro era una colección de relatos de Chéjov, *La dama del perrito y otros cuentos*.

—No trata del perro ni mucho menos —se quejó Lupe—. Trata de personas que, sin estar casadas entre sí, tienen sexo.

Juan Diego, por supuesto, lo tradujo.

—A Lupe sólo le interesan los perros —dijo el muchacho a Pepe—. Le advertí que no era lo bastante madura para ese cuento.

Pepe no tenía muy presente el argumento de *La dama del perrito*; no se acordaba ni remotamente del perro, eso por descontado. Era un relato sobre una relación ilícita, sólo eso acudía a su memoria.

—No estoy muy seguro de que sea una lectura apropiada para chicos de vuestra edad —dijo el docente jesuita y dejó escapar una risa incómoda.

Fue entonces cuando Pepe cayó en la cuenta de que aquello era una traducción al inglés de los relatos de Chéjov, una edición norteamericana; se había publicado en la década de 1940.

—¡Pero si esto está en inglés! —exclamó el hermano Pepe—. ¿Entiendes el inglés? —preguntó a la niña de aspecto incivilizado—. ¿Sabes leer también en inglés? —preguntó el jesuita al lector del basurero.

Tanto el muchacho como su hermana menor se encogieron de hombros. ¿Dónde he visto yo antes ese gesto?, pensó Pepe.

—En nuestra madre —contestó Lupe, pero Pepe no la entendió.

—¿A qué viene ahora nuestra madre? —preguntó Juan Diego a su hermana.

—Él se preguntaba de qué le suena nuestra manera de encogernos de hombros —contestó Lupe.

—También has aprendido a leer en inglés por tu cuenta —le dijo Pepe lentamente al muchacho; de pronto, la niña le puso los pelos de punta sin saber por qué.

—El inglés sólo es un poco distinto, y lo entiendo —contestó el muchacho, como si hablara aún de su capacidad para interpretar el extraño lenguaje de su hermana.

A Pepe le bullía la cabeza. Aquéllos eran niños extraordinarios: el muchacho era capaz de leer cualquier cosa; quizá no existía nada que escapara a su comprensión. Y la niña, bueno, lo suyo era distinto. Conseguir que llegara a hablar con nor-

malidad sería todo un reto. Aun así, ¿no eran ellos, esos niños de la basura, precisamente la clase de alumnos superdotados que buscaba el colegio jesuita? ¿Y no decía la trabajadora del ‘basurero’ que Rivera, el ‘jefe’, no era «exactamente» el padre del joven lector? ¿Quién era entonces su padre, y dónde estaba? Además no había ni rastro de la madre, no en aquella chabola descuidada, pensaba Pepe. La carpintería no estaba mal, pero todo lo demás presentaba un aspecto deplorable.

—Dile que no somos Niños Perdidos... ¿Acaso no nos ha encontrado? —dijo de repente Lupe a su talentudo hermano—. Dile que no somos carne de orfanato. Yo no necesito hablar con normalidad... Tú me entiendes perfectamente —dijo la niña a Juan Diego—. Dile que tenemos madre... ¡Seguramente ya la conoce! —exclamó Lupe—. Dile que Rivera es como un padre, sólo que mejor. ¡Dile que el ‘jefe’ es mejor que cualquier padre!

—¡Más despacio, Lupe! —instó Juan Diego—. No puedo decírselo todo si no hablas más despacio. —Eran demasiadas cosas para contárselas al hermano Pepe, empezando por la circunstancia de que Pepe seguramente ya conocía a la madre de los niños de la basura: por las noches, ella trabajaba en la calle Zaragoza, pero también trabajaba para los jesuitas, era su principal mujer de la limpieza.

De su trabajo nocturno en la calle Zaragoza se desprendía que la madre de los niños de la basura era muy posiblemente prostituta, y el hermano Pepe, en efecto, sí la conocía. Esperanza era la mejor mujer de la limpieza de los jesuitas; no cabía duda de dónde habían sacado los niños esos ojos oscuros y ese gesto de despreocupación suyo, aunque el origen del don del muchacho para la lectura no estaba claro.

Le resultó revelador que el muchacho, al referirse a Rivera, el ‘jefe’, como posible padre, no utilizase la locución «no exactamente». Según la formulación elegida por Juan Diego, el responsable del vertedero «probablemente no» era su padre, aunque Rivera sí «podía ser» el padre del muchacho: incorporaba la idea de «quizá»; así fue como Juan Diego lo expresó. En cuanto a

Lupe, el 'jefe' no era su padre, «categóricamente no». Su impresión era que tenía «muchos» padres, «demasiados padres para nombrarlos», pero el muchacho decidió en el acto prescindir de esa imposibilidad biológica. Se limitó a decir que Rivera y su madre «ya no estaban juntos en ese sentido» cuando Esperanza se quedó embarazada de Lupe.

De forma bastante extensa pero sosegada expuso el lector del basurero sus impresiones, las suyas y las de Lupe, en cuanto al responsable del vertedero, que era «como un padre, sólo que mejor», y aclaró que ellos, los niños de la basura, se consideraban parte de un hogar. Juan Diego, haciéndose eco de las palabras de Lupe, declaró que ellos no eran «carne de orfanato». Adornándolo un poco, Juan Diego lo expresó así: «No somos Niños Perdidos en el presente ni en el futuro. Nuestro hogar está aquí, en Guerrero. ¡Tenemos trabajo en el basurero!».

Pero esto le suscitó una duda al hermano Pepe: ¿Por qué esos niños no estaban trabajando en el 'basurero' junto con los 'pepenadores'? ¿Por qué no estaban Lupe y Juan Diego allí fuera «rebuscando» con los otros niños de la basura? ¿Se los trataba mejor o peor que a los niños de las otras familias que trabajaban en el 'basurero' y vivían en Guerrero?

—Mejor y a la vez peor —dijo Juan Diego al docente jesuita sin vacilar. El hermano Pepe recordó el desprecio de los otros niños del vertedero por la lectura, y sólo Dios sabía qué pensaban esos pequeños rebuscadores de la niña ininteligible de aspecto incivilizado que a Pepe le ponía los pelos de punta.

—Rivera no nos deja salir de la chabola si no es con él —explicó Lupe.

Juan Diego no sólo tradujo sus palabras, se explayó sobre ese detalle.

Rivera los protegía de verdad, dijo el muchacho a Pepe. El 'jefe' era «como» un padre y a la vez «mejor» que un padre, porque mantenía a los niños de la basura y además velaba por ellos.

—Y nunca nos pega —lo interrumpió Lupe; Juan Diego también tradujo esto prestamente.

—Ya veo —dijo el hermano Pepe. Pero apenas estaba empezando a ver cuál era la situación de los dos hermanos: en efecto, la situación era mejor que la de muchos de los niños dedicados a separar todo aquello que cribaban y clasificaban en el ‘basurero’. Y también era peor, porque Lupe y Juan Diego eran blanco del resentimiento de los rebuscadores y sus familias en Guerrero. Por más que esos dos niños de la basura contaran con la protección de Rivera (razón por la cual eran blanco del resentimiento de los demás), el ‘jefe’ no era «exactamente» su padre. Y su madre, que de noche trabajaba en la calle Zaragoza, era una prostituta que en realidad no vivía en Guerrero.

En todas partes existe un orden jerárquico, pensó tristemente el hermano Pepe.

—¿Qué es un orden jerárquico? —preguntó Lupe a su hermano. (Pepe empezaba a darse cuenta ya de que la niña le leía el pensamiento.)

—Orden jerárquico es que los otros ‘niños de la basura’ se sienten superiores a nosotros —dijo Juan Diego a Lupe.

—Eso mismo —convino Pepe con cierta inquietud. Allí estaba él, que había ido a conocer al lector del basurero, el legendario muchacho de Guerrero, y le llevaba buenos libros como correspondía a un buen profesor..., y de repente se encontraba con que era él, Pepe, el jesuita en persona, quien tenía mucho que aprender.

Fue entonces cuando el perro quejicoso pero invisible se dejó ver, si es que de verdad era un perro. La escurridiza e insignificante criatura salió a rastras de debajo del sofá: más roedor que cánido, pensó Pepe.

—Se llama *Blanco Sucio*... ¡Y es un perro, no una rata! —replicó Lupe, indignada, al hermano Pepe.

Juan Diego aclaró este comentario, pero añadió:

—*Blanco Sucio* es un sucio cobardica... y un ingrato.

—¡Lo salvé de la muerte! —exclamó Lupe.

Aun mientras avanzaba, apocado, hacia los brazos abiertos de la niña, el raquítrico y contrahecho perro frunció involuntariamente los labios y enseñó los dientes afilados.

—Debería llamarse *Salvado de la Muerte*, no *Blanco Sucio* —dijo Juan Diego, y se echó a reír—. Mi hermana lo encontró con la cabeza atrapada en un cartón de leche.

—Es un cachorro. Se moría de hambre —protestó Lupe.

—*Blanco Sucio* todavía tiene hambre de algo —respondió Juan Diego.

—Para ya —instó su hermana; el cachorro se estremeció entre sus brazos.

Pepe intentó reprimir sus pensamientos, pero era más difícil de lo que imaginaba; decidió que prefería marcharse, aunque fuera de sopetón, antes que permitir que esa niña clarividente le leyera el pensamiento. Pepe no quería que aquella inocente de trece años supiera qué le pasaba en ese momento por la cabeza.

Puso en marcha su Volkswagen escarabajo. Cuando el docente jesuita se fue de Guerrero, no vio ni rastro de Rivera ni del perro «que más miedo daba». Las columnas de humo negro del ‘basurero’ se elevaban en torno a él, al igual que los pensamientos más negros de ese jesuita de buen corazón.

El padre Alfonso y el padre Octavio consideraban a la madre de Juan Diego y de Lupe —Esperanza, la prostituta— una «perdida». A juicio de los dos viejos sacerdotes, no había ninguna alma perdida que estuviera tan perdida como una prostituta; no existía en el género humano ni una miserable criatura tan extraviada como lo estaban esas mujeres. Los jesuitas tenían a su servicio a Esperanza como mujer de la limpieza en un intento, supuestamente santo, de salvarla.

Pero ¿acaso esos niños de la basura no necesitaban también la salvación?, se preguntó Pepe. ¿No se contaban los ‘niños de la basura’ entre los «perdidos», o no corrían el peligro de perderse en el futuro? ¿O de perderse aún más?

Cuando ese muchacho de Guerrero, convertido ya en un hombre adulto, se quejó a su doctora de los betabloqueantes, debería haber tenido a su lado al hermano Pepe; Pepe habría dado fe de los recuerdos de infancia de Juan Diego y de sus sueños más intensos. Incluso las pesadillas de aquel lector del

basurero merecían conservarse, como bien sabía el hermano Pepe.

Cuando esos niños de la basura se acercaban a la adolescencia, el sueño más recurrente de Juan Diego no era una pesadilla. El muchacho soñaba a menudo que volaba... Bueno, no exactamente. Se trataba de una actividad aérea un tanto forzada y peculiar que tenía escaso parecido con el «vuelo». El sueño era siempre el mismo: una multitud de gente alzaba la vista; la muchedumbre veía a Juan Diego caminar por las alturas. Desde abajo —esto es, a nivel del suelo—, el muchacho, cabeza abajo, parecía estar caminando con sumo cuidado por el firmamento. (También daba la impresión de que iba contando para sí.)

Ese desplazamiento de Juan Diego por las alturas no tenía nada de espontáneo, no volaba libremente, como vuela un ave; carecía de la potente y rectilínea propulsión de un avión. Aun así, en ese sueño tan frecuente, Juan Diego sabía que estaba en el lugar que le correspondía. Desde su perspectiva en las alturas, cabeza abajo, veía los rostros tensos de la multitud vueltos hacia arriba.

Cuando le describía ese sueño a Lupe, el muchacho también le decía a su extraña hermana: «Llega un momento en la vida de toda persona en que debe soltar las manos, las dos manos». Lógicamente, eso no tenía sentido para una niña de trece años, ni lo tendría siquiera para una niña de trece años normal. La respuesta de Lupe era ininteligible incluso para Juan Diego.

Una vez, cuando le preguntó qué pensaba de ese sueño en el que él caminaba cabeza abajo por el firmamento, Lupe se mostró tan misteriosa como de costumbre, pero Juan Diego pudo comprender al menos sus palabras exactas.

—Es un sueño sobre el futuro —dijo la niña.

—El futuro ¿de quién? —preguntó Juan Diego.

—El tuyo no, espero —contestó su hermana, más misteriosamente todavía.

—¡Pero ese sueño me encanta! —había dicho el muchacho.

—Es un sueño de muerte —era lo único que añadiría Lupe.

Pero ahora era un hombre de cierta edad y, desde que tomaba betabloqueantes, ya no tenía ese sueño de la infancia, el sueño en que caminaba por las alturas, y Juan Diego tampoco conseguía revivir la pesadilla de esa lejana mañana en que se quedó cojo en Guerrero. El lector del basurero echaba de menos esa pesadilla.

Se había quejado a su médico. «¡Los betabloqueantes me bloquean los recuerdos!», exclamó Juan Diego. «Me están robando la infancia. ¡Me están robando los sueños!» Para su médico, toda esa histeria significaba sólo que Juan Diego echaba en falta el subidón que le provocaba la adrenalina. (Los betabloqueantes le gastaban, ciertamente, una mala pasada a la adrenalina.)

Su médico, que se llamaba Rosemary Stein, era una mujer con los pies en la tierra, amiga íntima de Juan Diego desde hacía veinte años; conocía de sobra lo que consideraba sus exageraciones histéricas.

La doctora Stein sabía muy bien por qué había recetado los betabloqueantes a Juan Diego; su querido amigo corría el riesgo de padecer un infarto. Él no sólo tenía la presión arterial muy alta (170/100), sino que además estaba casi seguro de que su madre y uno de sus posibles padres habían muerto de un infarto; su madre, con toda certeza, a una edad temprana. Juan Diego no tenía escasez de adrenalina: la hormona vinculada a la reacción de lucha o huida que se libera en los momentos de estrés, miedo, tribulación y ansiedad escénica, así como durante un infarto. La adrenalina, además, desvía la sangre del intestino y las vísceras: la sangre pasa a los músculos, para que uno pueda correr. (Quizás un lector del basurero tiene más necesidad de adrenalina que la mayoría de las personas.)

Los betabloqueantes no previenen el infarto, le había explicado la doctora Stein a Juan Diego, pero esos fármacos sí bloquean los receptores de adrenalina en el organismo y protegen así el corazón del efecto potencialmente devastador de la adrenalina liberada durante un infarto.

—¿Dónde están mis condenados receptores de adrenalina? —había preguntado Juan Diego a la doctora Stein. («Doctora Rosemary», la llamaba él con cierta guasa.)

—En los pulmones, en los vasos sanguíneos, en el corazón..., casi en todas partes —había contestado ella—. La adrenalina acelera el ritmo cardiaco. La respiración se agita, el vello de los brazos se eriza, las pupilas se dilatan, los vasos sanguíneos se contraen..., y eso no es bueno si estás teniendo un infarto.

—¿Y qué puede ser bueno cuando uno está teniendo un infarto? —había preguntado Juan Diego. (Los niños de la basura son persistentes, son de esas personas testarudas.)

—Un corazón tranquilo y relajado, que lata despacio y no cada vez más deprisa —dijo la doctora Stein—. Un paciente tratado con betabloqueantes tiene el pulso lento; tu pulso no puede aumentar, pase lo que pase.

Bajar la presión arterial tenía sus consecuencias; un paciente tratado con betabloqueantes debía procurar no excederse con el alcohol, que aumenta la presión arterial, pero, en realidad, Juan Diego no bebía. (Bueno, sí, bebía cerveza, pero sólo cerveza..., y no demasiada, pensaba.) Y los betabloqueantes reducen la circulación de la sangre en las extremidades; uno nota las manos y los pies fríos. No obstante, Juan Diego no se quejaba de este efecto secundario; incluso le comentaba en broma a su amiga Rosemary que notar frío era un lujo para un niño de Oaxaca.

Algunos pacientes tratados con betabloqueantes se quejan de aletargamiento, tanto por la sensación de cansancio como por la menguada tolerancia al ejercicio físico, pero a Juan Diego, a su edad —tenía ya cincuenta y cuatro años—, ¿qué más le daba? Era cojo desde los catorce; renquear era su ejercicio. Llevaba cuarenta años renqueando, y con eso tenía más que suficiente. ¡Juan Diego ya no quería más ejercicio!

Deseaba sentirse más vivo, no tan «mermado»: ésa era la palabra que utilizaba para describir cómo se sentía por efecto de los betabloqueantes cuando hablaba con Rosemary de su escaso interés sexual. (Juan Diego no decía que era impotente; in-

cluso con su doctora, la conversación empezaba, y terminaba, con la palabra «mermado».)

—No sabía que tuvieras una relación sexual —dijo la doctora Stein; de hecho, le constaba que no la tenía.

—Mi querida doctora Rosemary —respondió Juan Diego—, si tuviera una relación sexual, creo que me sentiría mermado.

Ella le había dado una receta de Viagra —seis comprimidos al mes, cien miligramos— y le había dicho que experimentara.

—No esperes a conocer a alguien —advirtió Rosemary.

Él no había esperado; no había conocido a nadie, pero sí había experimentado. La doctora Stein le había extendido una nueva receta cada mes. «Quizá baste con media pastilla», le dijo Juan Diego después de sus «experimentos». Tenía guardados los comprimidos sobrantes. No se había quejado de ninguno de los efectos secundarios de la Viagra. Le permitía tener erecciones; podía tener orgasmos. ¿Qué más daba la congestión nasal?

Otro efecto secundario de los betabloqueantes es el insomnio, pero para Juan Diego eso no era nuevo ni lo inquietaba especialmente; yacer despierto en la oscuridad en compañía de sus demonios casi lo reconfortaba. Muchos de los demonios de Juan Diego habían sido compañeros de infancia suyos: los conocía muy bien, eran tan entrañables como los amigos.

Una sobredosis de betabloqueantes puede causar mareos, incluso desmayos, pero los mareos y los desmayos traían sin cuidado a Juan Diego. «Los cojos sabemos caer, para nosotros caer no es nada del otro mundo», dijo a la doctora Stein.

Así y todo, el motivo de su malestar, más aún que la disfunción eréctil, eran esos sueños deshilvanados; Juan Diego sostenía que ahora le resultaba imposible seguir la cronología de sus recuerdos y sus sueños. Detestaba los betabloqueantes porque, al alterar sus sueños, lo habían apartado de su infancia, y a él la infancia le importaba más de lo que aparentemente importaba la infancia a otros adultos; a la mayoría de los otros adultos, pensaba Juan Diego. Su infancia y las personas con quienes se había cruzado en ella —las que habían cambiado su vida,

o sido testigos de lo que le había ocurrido en esa etapa crucial— eran lo que Juan Diego tenía en lugar de religión.

Pese a ser una amiga íntima, la doctora Rosemary Stein no lo sabía todo de Juan Diego; sabía muy poco de la infancia de su amigo. Es muy posible que la doctora Stein no alcanzara a ver por qué Juan Diego le hablaba —aparentemente sobre los betabloqueantes— con una aspereza impropia de él. «¡Créeme, Rosemary, si los betabloqueantes me hubieran quitado la religión, no vendría aquí a quejarme! ¡Por el contrario, te pediría que recetaras betabloqueantes a todo el mundo!»

Volvían a ser exageraciones histéricas de su vehemente amigo, pensaba la doctora Stein. Al fin y al cabo, Juan Diego se había quemado las manos rescatando libros del fuego, incluso libros de historia católica. Pero Rosemary Stein conocía sólo retazos de la vida de Juan Diego como niño de la basura; sabía más cosas de su amigo en la edad madura. En realidad, no conocía al muchacho de Guerrero.